

“Somos responsables de la esperanza” (1996)

Sergio Armstrong Cox
Magíster en Teología
Universidad Católica del Maule
sarmstro@ucm.cl

El tema de la esperanza no es un tema más entre otros: es el gran tema. Si ella falla, falla todo lo demás.

Estoy convencido de que la crisis más importante de nuestra cultura es la de la esperanza; ella emerge desde el principio de los noventa y que no nos abandona hasta ahora. No se trata de una ausencia absoluta de esperanza (eso haría la vida imposible), pero sí de una muy debilitada, muy enferma.

Me sorprende la lucidez con que don Carlos, ya en el año 1996 en su libro que lleva como título *Somos responsables de la esperanza*¹, detecta y describe el fenómeno.

1. La crisis

Don Carlos habla de tres heridas de la esperanza:

- el desgarramiento del tiempo,
- la pérdida de la ilusión de los cambios, y
- la incapacidad de soñar proyectos nuevos y originales.

Sobre el primero (“el desgarramiento del tiempo”) constata que “el futuro se ha convertido en un tiempo difícil y sospechoso². Vivimos mirando un futuro muy frágil [...] ¿Qué nos aguarda? Cuando el 75% de los jóvenes actuales no saben lo que va a ser de ellos en el futuro, ni siquiera si existe futuro, sucede que para esta juventud ya el tiempo no es razón de esperanza”³.

¹ C. GONZÁLEZ. *Somos responsables de la esperanza*. Ediciones Marana-tha: Talca, 1996.

² No puedo dejar de comentar que la promesa de un futuro mejor fue la gran bandera de la modernidad, que desplazó la prioridad que se daba en la Antigüedad y Edad Media al pasado (por ejemplo, al valorar la experiencia de los ancianos).

³ C. GONZÁLEZ. *Somos responsables de la esperanza*, p. 7.

El segundo punto es el del quiebre de las ideas de los cambios que siempre han sido un eje y fuerza de la vida. El progreso está en crisis porque vivimos en una época difícil de definir⁴.

En tercer lugar, está el desgano de los sueños, que en otros tiempos dieron la fuerza para esperar. El destino de la esperanza ha estado unido culturalmente a la gran capacidad de soñar. Los sueños, los que otros llaman utopías, que fueron las grandes invenciones de la esperanza, han dejado de pertenecer a las aspiraciones de nuestra época.

Esto último es grave para la esperanza cristiana, porque existe cierta relación entre la esperanza cristiana y los sueños de una época, aunque sean cosas distintas. La falta de sueños en común con nuestros contemporáneos afecta sin duda la esperanza cristiana⁵.

2. Los síntomas de la crisis y las falsas salidas

a) Cuando la desesperanza no se reconoce

Cuando la crisis se la niega o no se asume aparecen los ídolos:

- La búsqueda obsesiva de seguridad, sobre todo, económica. Puede llevar a querer planificarlo todo⁶.
- La búsqueda obsesiva del éxito; en los negocios, en las relaciones humanas. La competitividad en todos los ámbitos es síntoma de este mal.
- La búsqueda obsesiva de poder. Se trata de “aquellos que trepan en la sociedad y a cualquier precio van destruyendo a otros para llegar al poder”⁷. Un camino que desemboca en la ceguera y la soledad.

b) Cuando la desesperanza se asume

- La ausencia del sentido de la vida

Se trata del vacío existencial; de no haber encontrado una razón para vivir con alegría. Es la ausencia de una vocación personal, de una vocación en la vida.

⁴ Don Carlos no profundiza en esta idea. Tengo la impresión de que este punto puede reducirse al tercero.

⁵ Como diría Ruiz de la Peña, el futuro absoluto prometido en la esperanza cristiana se encarna hasta cierto punto en las esperanzas “categoriales”, históricas, humanas.

⁶ A mi juicio, esto está sucediendo con la educación chilena.

⁷ C. GONZÁLEZ. *Somos responsables de la esperanza*. pp.12-13

Puede llevar a la droga y al suicidio; pero también a la “inflación sexual” actual, detrás de la que hay una búsqueda de un placer intenso, más o menos inmediato, que llene la sensación de vacío⁸.

- *El miedo y la angustia*

El miedo hace huir de Dios, de las responsabilidades, y la vida termina siendo pequeña y sin horizontes. Hay quienes prefieren quedarse en la infancia y adolescencia para evitar correr riesgos.

La actual indiferencia frente a lo social y político tiene mucho de miedo, de no querer ver en el otro la pobreza que todos tenemos por ser seres humanos.

Muchos son los destruidos por enfermedades nerviosas vinculadas al miedo y la falta de sentido.

- *La cobardía*

Están los que no se comprometen con nada y con nadie, y viven una vida mediocre que les impide vivir en plenitud.

3. Cómo crecer en esperanza

Don Carlos se dirige a creyentes y por lo tanto sus propuestas van en esa línea. Afirma:

“No se puede conocer la Esperanza sin dar un paso para entrar en la vida de Dios, porque la Esperanza es un regalo que Dios hace brotar en la propia vida [...] Es una espera engendrada por un don [...] No se halla en el campo del poseer sino en el de ‘dar y recibir’”⁹.

Vivir en la esperanza significa saber que, gracias a Jesús muerto y resucitado, vencedor de la muerte, la vida tiene un futuro abierto de plenitud.

Esta esperanza supone tenacidad y compromiso; sobre todo en los tiempos de oscuridad.

⁸ Sería interesante una lectura en esta clave de la crisis actual de la Iglesia. Es imposible que la crisis global de esperanza no afecte a los sacerdotes y religiosos. Si es así, el vacío puede intentar llenarse por la vía del sexo y del poder.

⁹ C. GONZÁLEZ. *Somos responsables de la esperanza*, pp. 19-20.

¿Cómo crecer en esperanza? Don Carlos propone tres caminos:

- Vencer la falta de sentido, el miedo y la cobardía. En la línea de confiar en Dios y reforzar la vocación recibida. Vivir la vida como misión encomendada al servicio de los demás.
- Cultivar la admiración por todo lo bueno que hay a nuestro alrededor, incluyendo las personas. Significa vivir maravillados por las obras de Dios y apreciar “los lirios del campo y las aves del cielo”; así como admirar la fe del centurión, la humildad de la Magdalena y la búsqueda de Dios en Zaqueo.

Siempre habrá semillas de bondad signos del Reino de Dios. Lo importante es descubrirlos y apoyarlos para que la esperanza tenga cada día mayor vitalidad y energía.

- Buscar desde el estilo de Jesús como generar esperanza y paz. Jesús tiene una pedagogía y un estilo motivado por la esperanza. Tiene un mensaje exigente que puede parecer duro y difícil; pero cuando se trata de las personas siempre se muestra valorizándolas y entregándoles perdón y misericordia.

Un pasaje luminoso siempre será el de la mujer adúltera del evangelio de Juan (8,1ss). El que podía apedrearla le dice: “No te condeno, anda y no vuelvas a pecar”.

Nosotros con cierta frecuencia tiramos la primera piedra.

Deberíamos intentar no despreciar a nadie; no condenar a nadie precipitadamente; saber comprender. Con nuestra mirada condenatoria podemos crear un clima irrespirable, que dificulte la esperanza.

- Afrontar bien los “inviernos de la esperanza”. El invierno puede demorarse, pero siempre llega. Cada etapa de la vida tiene un momento de oscuridad, que produce la sensación de ser débil y vulnerable; en que todo parece difícil y no se ve la salida.

Siempre será necesario educar la fe y la esperanza para afrontar estos conflictos. Hay que dejarse acompañar por los demás y por Jesús. Es misión de la Iglesia cuidar y despertar la esperanza.